

IV Premio de Igualdade Ernestina Otero Sestelo

Consello Municipal da Muller – Concello de Vigo

Palabras de agradecimiento

Coral del Río Otero

AGRADECIMIENTO

Para mí es un orgullo y una satisfacción recibir este premio, por lo que quiero empezar mostrando mi agradecimiento. En primer lugar, porque se trata de un reconocimiento desde el ámbito del feminismo; desde ese espacio conceptual y vital que las mujeres hemos creado para construir una sociedad más justa. Y en segundo lugar, porque se produce en mi ciudad, lo que lo hace especialmente entrañable. Soy viguesa, me siento viguesa, y presumo de formar parte de esta ciudad de acogida.

A este sentimiento de orgullo se une la responsabilidad que supone que el Consello Municipal da Muller y el Concello de Vigo valoren mi trayectoria, lo que constituye un incentivo para continuar mi trabajo en temas de igualdad y, especialmente, de igualdad entre mujeres y hombres. Agradezco, pues, al Concello de Vigo y al Consello Municipal da Muller este premio. Especialmente a las mujeres que, en un primer momento, propusieron y avalaron mi candidatura: gracias por acordaros de mí. Y también a todas las que finalmente consensuaron la concesión del mismo: gracias por vuestra generosidad al hacerlo.

DEDICATORIA

Permitidme que estas primeras palabras se las dedique a mis padres. A mi madre (María Nieves Otero Mendoza) que ahora estará en casa, feliz, pendiente de este acto; y a mi padre (Alejandro del Río Lago) que también se habría sentido muy orgulloso. De ambos aprendí el valor de los logros colectivos; la importancia de que las mejoras sean verdaderamente sociales frente al interés puramente individual; la defensa de una Sanidad y una Educación pública, universal, gratuita y de calidad; aprendí que de nada vale disfrutar de libertad, seguridad y medios materiales si estos no pueden ser disfrutados por el conjunto de la sociedad. Aprendí que cuando una persona duerme en la calle, todos dormimos en la calle; que cuando los gobiernos pisotean a las personas refugiadas pisotean a toda la ciudadanía; que cuando una mujer es maltratada todas somos maltratadas. De ellos aprendí los verdaderos valores de la izquierda.

ORÍGENES

En 1976 yo tenía 10 años. Empezaba a asomar la cabeza al mundo cuando iniciábamos la Transición. Esa Transición política que tantos avances supuso para el país, en general, y para las mujeres, en particular (gracias a su lucha en las calles, en los partidos, en los sindicatos, en el mundo del trabajo, en la militancia feminista, en los hogares, ...). Esa Transición que, sin embargo, también trajo tanta desmemoria, y que tantos olvidados y olvidadas dejó en las cunetas. Nunca les agradeceremos lo bastante a las mujeres y a los hombres que, a principios del siglo XX y, especialmente, durante la II República, tomaron valientemente las riendas de sus vidas y se echaron el país a sus espaldas.

Ernestina Otero Sestelo fue una de esas grandes mujeres a las que hoy recordamos. Todavía tenemos una deuda pendiente con todas y con todos ellos. Queda mucho por hacer para que su legado sea reconocido y transmitido; para que las generaciones jóvenes y futuras puedan valorar su importancia. Todavía queda mucho por hacer para que no tengamos que oír, como injustamente se repite, que la democracia llegó por primera vez a España con la Constitución del 78. No, la democracia llegó cuando se consiguió el voto femenino, ejercido en las elecciones de 1933 y 1936, cuando mujeres y hombres pudieron, por primera vez en este país, decidir sobre su futuro en igualdad. Después nos impusieron a sangre y fuego esa “longa noite de pedra”, cuyas consecuencias todavía hoy padecemos.

Pero volvamos a la Transición. Estábamos con esa niña que crecía entre manifestaciones, debates políticos, pegado de sobres electorales, reuniones en “el partido”, ... y también conversaciones entre mujeres. Mujeres como mi madre y sus amigas (Margot, Chita, ...) que los domingos, después de cocinar las tortillas y los filetes empanados que nos comeríamos en el monte, ya por la tarde, cuando todo estaba más tranquilo, charlaban sobre el derecho al divorcio y al aborto, sobre sexualidad, sobre preservativos, sobre óvulos y espermatozoides, sobre la falta de independencia de las mujeres,

No es extraño, pues, que cuando alguien me preguntaba:

Coral, ¿y tú?, ¿tú de mayor qué quieres ser?

Yo pensase: “¿Yo? Yo de mayor quiero ser feminista”.

Nunca lo verbalizaba así, claro. Ya era lo suficientemente mayor para darme cuenta de que no era acerca de mis ideas políticas sobre lo que me estaban preguntando. Pero yo no sabía si quería ser Economista, Periodista o Historiadora. Lo que yo tenía verdaderamente claro es que quería ser como esas mujeres soñaban: quería tener independencia económica, quería poder decidir sobre mi vida, sobre mi cuerpo y mi sexualidad; no quería vivir con violencia; quería relacionarme en igualdad con mis

iguales, Y, además, quería que todo esto lo pudieran disfrutar todas las mujeres. Sí, yo de mayor quería ser feminista.

PROFESIÓN

Después me hice Economista y me preocupé por saber qué era eso de la Economía Feminista (que no había visto en ningún libro de texto, ni ningún profesor me había explicado, pero de lo que me hablaba con insistencia María Jesús Facal Rodríguez, compañera ya en aquellos primeros años en la Universidade de Vigo). Gracias Chus.

No soy una teórica. Más bien soy una economista de laboratorio, preocupada por mejorar las técnicas de medición de las desigualdades, en general, y de las desigualdades por razón de género, en particular. A eso me llevo dedicando estos últimos 25 años, desarrollando herramientas para cuantificar la desigualdad, la pobreza, el desempleo, la discriminación salarial y la segregación ocupacional. Siempre con el convencimiento de que, al igual que lo que no se nombra “no existe”, lo que en Economía no se cuantifica es difícil que alcance relevancia política y social. Así, siendo importante conocer la dimensión que alcanza la discriminación salarial entre mujeres y hombres, todavía lo es más poder cuantificar los efectos que para las mujeres tiene esa discriminación en términos de pobreza y pérdida bienestar social. Hoy sabemos que antes de la crisis los hogares monoparentales constituían uno de los grupos demográficos que mayores tasas de pobreza soportaba: un 35% vivía con menos del 60% de la renta mediana. Pero si esto es grave, todavía lo es más descubrir (como nuestros estudios permitieron sacar a la luz) que casi un 40% de esos hogares habría podido salir de la pobreza si las mujeres que los encabezaban fueran retribuidas como lo eran los hombres con sus mismas características. Esto es, si esas mujeres fuesen retribuidas justamente. Compañeras y compañeros en la Universidade de Vigo, como Olga Alonso Villar, Carlos Gradín Lago y Olga Cantó Sánchez, son coautores de estos trabajos conjuntos, y para ellos va también mi reconocimiento público a su dedicación, en la creencia de que el trabajo que hoy aquí estáis valorando con este premio no habría sido posible sin el impulso y el estímulo intelectual que me han brindado a lo largo de mi carrera académica.

EPÍLOGO

Sí, yo de mayor quería ser feminista. Y, sinceramente, creo que hoy es lo que aquí estamos celebrando. Homenajeemos, pues, a esas niñas que ayer fuimos, que hoy son y que mañana serán. A todas esas niñas que anhelan vivir en un mundo más justo, y que no se conforman con adoptar sumisamente los roles de género que esta sociedad patriarcal les tiene reservados.

Sí, definitivamente, yo de mayor quiero ser feminista

¡Muchas gracias!

Vigo, 11 de marzo de 2016